

LA PROTESTA

PRECIO: 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0 478 — B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

El problema de las Internacionales

Hemos expuesto en varias oportunidades nuestro concepto sobre el internacionalismo. No entendemos la unión espiritual de los pueblos, a través de las fronteras y de los océanos, a la manera de los políticos marxistas y de los cofrades del rito sindicalista — del sindicalismo que se basta a sí mismo —, esto es, como una alianza de intereses económicos mantenida por los ejecutivos y los jefes de los diversos núcleos nacionales del proletariado.

El hecho de que se reúnan en una determinada ciudad, diez, veinte o cincuenta compañeros; que promuevan entre sí una discusión sobre los principios, las tácticas y las teorías generales del movimiento obrero; que lleguen, en el debate y después de mutuas concesiones a encontrar una fórmula de colaboración y relaciones internacionales, ¿quiere decir que se haya hecho obra práctica y conseguido abrir cauces al pensamiento y a la acción de la clase trabajadora en la ruta internacional? Ese primer paso debiera servir para ampliar los horizontes del movimiento obrero y revolucionario de cada país y para definir propósitos en una propaganda objetiva del internacionalismo.

Pero todas las Internacionales existentes — incluso la de Berlín — responden a objetivos secundarios, cuando no a razones de influencia política sobre la clase trabajadora, limitándose a mantener un "bureau" que, por no conocer los países que nominalmente representa, obra con un criterio uniforme para la única gestión internacionalista compatible con su capacidad: las protestas ocasionales y circunstanciales contra los excesos del capitalismo y del Estado — lucha contra la reacción, contra el fascismo, de solidaridad con los presos sociales, etc. Fuera de esa actividad, que no siempre responde al modo de ser y a las condiciones de los países representados ni interpreta la situación espiritual de la clase trabajadora que recibe la invitación a realizar una campaña que espontáneamente no inició, ¿qué funciones representan los ejecutivos de las Internacionales?

Para los políticos, el internacionalismo es únicamente el justificativo de sus frecuentes transgresiones doctrinarias y de sus avances hacia el poder. Internacionalmente se consagran normas de conducta, situaciones individuales que imponen criterios colectivos, conveniencias partidistas que se transforman en el único método para la acción de las masas dominadas por una pequeña ca-

marilla de líderes. Las Internacionales de Viena y de Amsterdam, política la primera y sindical la segunda, realizan periódicas reuniones de los ejecutivos o de delegados, aprobando todo lo que los jefes han resuelto por anticipado. No existe la discusión y la dilucidación previa de los problemas que más interesan, la masa no conoce lo que van a discutir y resolver los jefes, no plantearon los militantes más capaces, en la

El fracaso del internacionalismo bolchevique, no ya como ensayo revolucionario llevado a todos los países por los agentes de Moscú, sino principalmente como elemento de unión espiritual del proletariado, se debió en parte a la forma de propagarlo y de imponerlo. Sin tener en cuenta las características de cada pueblo, su cultura intelectual, su capacidad económica y sus condiciones espirituales para asimilarse

Hilaron podrido



—Victorio—Madonna la cuerda se rompe....

prensa partidista, los motivos de divergencia que pudieran llevar al plano internacional la característica de cada país. Se impone el uniformismo, la aceptación automática de resoluciones colectivas, la obligatoriedad a poner en práctica medios de lucha que generalmente contradicen el espíritu y las condiciones materiales del pueblo que realiza el "ensayo" porque así fué resuelto por hombres de diversa cultura y de distinto origen, que se ignoran mutuamente y apenas mantienen un contacto por afinidad de ideas.

principios extraños a su psicología revolucionaria o incompatibles con su desenvolvimiento social, los comunistas propiciaron la subversión inmediata, la toma violenta del poder para implantar la "dictadura del proletariado". Pero, por lo mismo que seguían servilmente las normas de conducta impuestas por el ejecutivo de la Tercera Internacional y repetían en países intelectual y económicamente distintos a Rusia los "ensayos" de los políticos y economistas bolcheviques, se fueron divorciando con el movimiento pro-

letario propio a medida que se identificaban con el oportunismo de los gobernantes moscovitas.

La costumbre de designar a las Internacionales por el nombre del lugar donde está radicado el "bureau" o donde fuera constituido, no responde a una simple manera de decir o de abreviar el denominativo específico. Se llama Internacional de Amsterdam a la organización reformista del movimiento obrero sometido a la influencia socialista. Se distingue con el nombre de Internacional de Viena a la llamada Internacional Socialista y Obrera — formada por la unión de la Segunda y la Dos y Media Internacionales —, que representa la tendencia política de los lacayos del capitalismo, como Albert Thomas, Jouhaux, Vandervelde, Macdonald, Adler y demás comparsa refugiada en el apéndice obrerista de la Liga de las Naciones.

Y esos denominativos responden a la idiosincrasia y la cultura del marxismo europeo, son propios de Amsterdam o de Viena, de París o de Londres, porque responden a intereses y opiniones que aceptan y no discuten los miles de obreros que sirven de punto de apoyo a ese internacionalismo de comité y de encrucijada política.

Nuestros esfuerzos por la efectividad del internacionalismo — que es relación mutua entre hombres que se conocen y están compenetrados de sus mutuos anhelos y de sus múltiples y diversas necesidades —, no pueden quedar reducidos a esa repetición histórica de la ficción internacional. No estamos conformes con el denominativo genérico — Asociación Internacional de los Trabajadores — aun cuando pretenda rehacer el curso de la historia del movimiento obrero y unir los cabos rotos por el marxismo al escindir las organizaciones económicas del proletariado en beneficio de los partidos políticos. Y mucho menos podremos conformarnos con el nombre local — Internacional de Berlín — si en ese denominativo va inculcado el espíritu exclusivista del movimiento obrero y revolucionario de Europa, tan cerrado en sí mismo que no alcanza a vislumbrar lo que se mueve, se agita y se convulsiona en el joven y plétórico corazón de América.

Debemos llevar nuestro concepto del internacionalismo a las Internacionales europeas. La A. I. T., pese a la contribución de energías que recibe de este continente, no logra romper el círculo estrecho del euro-peísmo. Es la Internacional que, en las luchas y en los quebrantos del viejo mundo, adelanta una esperanza para el proletariado consciente de Europa. Pero, sigue ignorando a América para la lucha social y para las definiciones ideológicas, aun cuando reconozcan su existencia pa-

El sentimiento de la responsabilidad en las masas

Cuando estalló la gran guerra, casi unánimemente se inculcó, en los medios revolucionarios, de ese crimen monstruoso a los grandes industriales y al imperialismo de los grandes Estados. Muy raramente se levantaron voces acusadoras contra los pueblos mismos que marchaban pasivamente a la muerte.

Cuando estudiamos de cerca el movimiento social-demócrata, cuando constatamos los daños irremediables causados por esa ideología autoritaria al desenvolvimiento de la revolución, nos indignamos instintivamente contra los malos pastores del proletariado. No siempre se nos ocurre pensar que las traiciones social-demócratas hubieran carecido de efectos perniciosos si hubiesen chocado en la conciencia proletaria establecida.

En todo período de reacción gritamos contra los asesinos de las fuerzas revolucionarias del pueblo y no señalamos a la vergüenza y a la condenación la pasividad y la indiferencia con que las masas se dejan unir al carro triunfal del despotismo.

Cuando las fuerzas militares siembran el terror en las filas del proletariado, maldicimos a los criminales uniformados, y no nos acordamos de maldicir igualmente al obrero que produce las armas mortíferas.

Cuando la vida cotidiana nos hiere con sus desigualdades y sus injusticias sociales, nos volvemos contra los privilegiados y nos olvidamos de la culpabilidad de los sostenedores pasivos de los privilegios, es decir de los siervos voluntarios.

En nombre de la fraternidad de los trabajadores, se ha pasado casi siempre por encima del sentimiento de la responsabilidad de los que producen, y si un impulso de pudor separa al obrero del gendarme, con mucha más razón tendría que separar al productor revolucionario y consciente del autómatas que pone las armas en la mano de ese gendarme. Es despreciable el guardián de la prisión, no lo ponemos en duda, pero es tan despreciable el albañil que la construye, el herrero que forja sus rejas.

Un famoso renegado del proletariado, el ex maquinista John Burns, después ministro de la corona inglesa, defendió como representante obrero en el parlamento a los masacradores de un grupo de huelguistas, diciendo que el obrero que se pone en huelga debe esperar que ha de ser atacado por aquellos a quienes lesiona en sus intereses, y que debe esperar ser atacado, no con ametralladoras viejas, sino con las más modernas y mortíferas.

En cierto modo el renegado Burns tenía razón. Las clases privilegiadas están en su derecho cuando defienden sus posiciones y cuando emplean con ese fin los instrumentos de muerte más perfeccionados. Nosotros no podríamos negarles ese derecho, no podríamos quejarnos porque rechacen las armas viejas y de poco efecto y echen mano a las máquinas de destrucción más modernas. Pero todo sale de las manos de los trabajadores, y nos parece que estigmatizamos demasiado poco a quienes fabrican las armas, a quienes

ra otra clase de actividades.

En el próximo congreso de la A. I. T. la F. O. R. A. debe oponer el verdadero internacionalismo al criterio exclusivista de las organizaciones revolucionarias europeas. Y sostendrá el delegado de la Argentina, como punto principal y elemental, la necesidad de promover el internacionalismo de abajo arriba: mediante la creación de vínculos fraternales entre el proletariado de Europa y América, el conocimiento de la situación política y económica de cada país y las intensas relaciones que permitan al "bureau" comprenderse de las peculiaridades de cada movimiento regional que converja a la Asociación Internacional de los Trabajadores.

nes funden los cañones, a quienes van a la guerra, a quienes edifican las cárceles, a quienes sirven los planes de la opresión y de la explotación de los pueblos...

Es falta del sentimiento de la responsabilidad en los productores lo que en última instancia mantiene la sociedad actual. Hemos conocido excelentes camaradas, dispuestos siempre al sacrificio, y que sin embargo reforzaban los muros de una prisión, ajenos a la noción de que su labor de asalariados automáticos estaba en contradicción con todos los esfuerzos revolucionarios de su vida. En casi todos los países conviven, no ya en las organizaciones reformistas, sino en los propios organismos revolucionarios del proletariado, trabajadores que envenenan al pueblo a las órdenes de un capitalista o que forjan armas o las transportan, con los verdaderos productores conscientes y responsables. Y la convivencia no es aprovechada en el sentido de desviar el trabajo revolucionario de las labores antisociales. Se dice que todos los asalariados son hermanos y tienen un enemigo común: el capitalista, y en holocausto a esa idea tiende la mano fraternal el que provee de instrumentos de muerte al soldado o al gendarme, al que ha de caer víctima de esos instrumentos de muerte. Esa fraternidad es falsa, y sólo por una incomprensible ceguera puede llevar el nombre de fraternidad.

La tecla de los ditirambos contra el burgués y el verdugo es demasiado monótona e incongruente si dejamos siempre a salvo la culpabilidad de las masas; la maldad de arriba no puede producirse sin la ausencia del sentimiento de responsabilidad de los de abajo.

La revolución no puede levantar solamente los puños contra los disfrutadores de la explotación y de la dominación del hombre; debe también recordar a los explotados y a los dominados su parte de responsabilidad en su situación. Las cadenas de los pueblos no son forjadas en los palacios, en las altas esferas del privilegio, sino en el ambiente mismo y por las manos de aquellos que han de ser encadenados. El enemigo está arriba y está abajo, con la sola diferencia de que el enemigo de arriba es activo y el de abajo pasivo, automático, inconsciente por lo general.

A la familia de los revolucionarios no puede pertenecer el que produce en daño de la sociedad, el que sostiene con sus brazos de una manera directa el régimen existen, sea desde el cuartel, desde la escuela o desde la fábrica.

¿Es posible que el que funde un cañón a cambio de un miserable salario de hambre ignore o no eleve su pensamiento a la consideración de que ese cañón sólo servirá para defender los intereses del privilegio contra los embates de la revolución? ¿Es posible que el que edifica con sus manos una cárcel no piense jamás que su trabajo contribuye a fortalecer la propia opresión?

Si nuestra propaganda estuviera dirigida a despertar en primer lugar el sentimiento de la responsabilidad de los productores, los resultados serían más grandes que si lanzamos constantes saetas a las alturas, olvidándonos de los que andan las divisiones sociales.

Reflexionando sobre la propaganda en estos últimos diez años, tanto los oradores como los espectadores han podido constatar un hecho indudable: cuando la voz crítica y acusadora se levanta en una tribuna para anatematizar el imperialismo que originó la guerra o cuando se esfuerza por demostrar cómo los grandes capitalistas han provocado por su avaricia la terrible catástrofe, el público duerme; pero cuando esa misma voz crítica y acusadora apostrofa a las masas mismas que se han dejado conducir a la matanza sin protesta ni resistencia, un "¡Tiene razón!" unánime se sigue como respuesta. No está al alcance de todos la comprensión de la culpabilidad exclusiva del ex-kaiser alemán o de los grandes industriales en la crisis de 1914, pero en cambio todos comprenden la responsabilidad de las víctimas mismas de ese crimen sin nombre.

Recordemos el discurso de Rocker en la conferencia de Erturt de los metalúrgicos de las fábricas de armas en 1919; nuestro camarada ha señalado a los brazos que forjaron las armas que hicieron posible la guerra, como los mayores responsables. Y fué comprendido y produjo una enorme impresión. Eran esas verdades las que hubieran hecho falta antes de 1914 en lugar de las resoluciones de los congresos de la paz.

Por otra parte el olvido de la propia responsabilidad no es siquiera un método educacional. Si queréis que un hombre adquiere conciencia de sí mismo y del valor de sus actos, hacédele responsable, declaradle mayor de edad. Pero si queréis que continúe en el dominio del automatismo, de la actividad inconsciente, echad la culpa de sus males a otros, mantenedlo bajo tutela.

En alguna parte hemos leído una historia instructiva: los muchachos de un pueblo alborotaban constantemente en las calles y turbaban el sosiego de la población; el alcalde tuvo la ocurrencia de llamarles y de encomendar a los alborotadores que impusieran por sí mismos la tranquilidad. Los muchachos tomaron tan en serio su investidura de guardianes del orden que, así como antes no había amenaza alguna capaz de reducirlos, el sólo sentimiento de la responsabilidad que asumieron, bastó para que observaran el mayor silencio y compitieran en lo sucesivo en el terreno del sosiego como antes competían en el del alboroto.

Esto nos hace deducir lo que puede el sentimiento de responsabilidad.

La nueva sociedad ha de surgir más bien de los sentimientos morales superiores que de las ideas puras mismas. Y en las grandes masas existen las más hermosas manifestaciones de una moralidad superior, unidas a una ignorancia casi general de la ciencia que se aprende en los libros.

Hay en los medios intelectuales un soberano desprecio hacia el tesoro de los sentimientos morales de los pueblos; hay la predisposición a negar o ignorar la existencia de un gran corazón allí donde no se observa la influencia del movimiento ideológico intelectual. Sin embargo los grandes movimientos sociales son alimentados por las masas que no disponen de tiempo para estudiar en los libros; los heroísmos más sublimes de la historia nacen de abajo, de los estratos populares semi-analfabetos. No olvidemos esto nunca y no incurriremos en el error funesto de negar derecho de ciudadanía a toda acción espontánea que no nazca bajo la influencia directa de nuestras ideas, como hicieron los anarquistas rusos en ocasión del gran movimiento machnovista. No queremos señalar con esto que deberemos en lo sucesivo renunciar a la propaganda de las ideas puras, sino que no tenemos derecho a olvidar que el corazón de las grandes masas es amplio y no rechaza ningún sentimiento noble, por muchos sacrificios que exija. Junto al movimiento motivado por nuestra propaganda ideológica debiera existir un movimiento de propaganda dirigida a exaltar el ejercicio de nociones morales superiores. Un movimiento que interesara a las vastas capas de la población laboriosa, que las transformara de receptoras pasivas de nuestras ideas en fuerzas vivas, agentes. Se habla en estos últimos tiempos de la resistencia pasiva del pueblo hindú contra el gobierno inglés; ese movimiento tiene el mérito de interesantes poderosamente, porque esa resistencia pasiva pone en juego la fuerza de voluntad de las masas.

Si nosotros dirigiéramos con más especialidad nuestras fuerzas hacia la creación de un sentimiento de responsabilidad de los productores en su labor, no sólo es seguro que hallaríamos un eco lisonjero en los productores mismos, sino en toda la vida social.

El obrero que elabora malos productos se hace cómplice de los males de la sociedad actual y por revolucionario que sea, con una mano deshará lo que hace con la otra.

Hemos conocido muy pocos trabajadores inspirados por el sentimiento de la responsabilidad en su trabajo; se pueden citar ejemplos individuales y colectivos sin embargo en ese sentido; pero hay que confesar que su acción y su ejercicio han sido muy restringidos.

Hemos conocido muy pocos trabajadores inspirados por el sentimiento de la responsabilidad en su trabajo; se pueden citar ejemplos individuales y colectivos sin embargo en ese sentido; pero hay que confesar que su acción y su ejercicio han sido muy restringidos.

Hemos conocido muy pocos trabajadores inspirados por el sentimiento de la responsabilidad en su trabajo; se pueden citar ejemplos individuales y colectivos sin embargo en ese sentido; pero hay que confesar que su acción y su ejercicio han sido muy restringidos.

Hemos conocido muy pocos trabajadores inspirados por el sentimiento de la responsabilidad en su trabajo; se pueden citar ejemplos individuales y colectivos sin embargo en ese sentido; pero hay que confesar que su acción y su ejercicio han sido muy restringidos.

Hemos conocido muy pocos trabajadores inspirados por el sentimiento de la responsabilidad en su trabajo; se pueden citar ejemplos individuales y colectivos sin embargo en ese sentido; pero hay que confesar que su acción y su ejercicio han sido muy restringidos.

BIBLIOGRAFIA

E. ARMAND. — "L'initiation individualiste anarchiste". — Paris-Orleans (éditions de "l'en-dehors", 344 págs.).

Armand, el conocido individualista francés, ha recogido en un volumen un resumen de sus ideas, titulado L'INITIATION INDIVIDUALISTE anarchiste (sic, anarquista con letras bien minúsculas). Ese libro ha merecido una buena acogida y como de costumbre recibió un sinnúmero de alabanzas de parte de gentes que tal vez no lo hayan leído. Nosotros no queremos seguir la corriente y pretendemos disentir un poco respecto de la apreciación de esta obra, que por lo demás es una de las exposiciones más completas de la doctrina individualista anárquica.

Pero ante todo, una explicación precisa.

Hubo un momento en que creímos hallar en el individualismo algunas soluciones a problemas del anarquismo; pero teníamos entonces una concepción particular de esa doctrina, — concepción que no se ajustaba, por lo que después pudimos constatar, a los postulados verdaderamente individualistas de un Tucker, por ejemplo. Una instrucción libre y universitaria nos había dado la noción del individuo como algo opuesto e independiente de la sociedad; no obstante ser partidarios del comunismo, de la organización, etc., alentábamos sin saberlo y sin quererlo la fortificación de nuestro "yo" en oposición a la colectividad; y si en la práctica no llegábamos al sacrificio de esta última en holocausto a los sagrados derechos de nuestra personalidad, la fundamentación de nuestras ideas en un tangible "yo" rival de la sociedad, hubiera podido justificar ese sacrificio.

Algunos años más tarde, casi repentinamente, hemos advertido en nosotros un cambio fundamental; ni lo hemos notado ni previsto; un buen día notamos como un hecho cumplido una modificación íntima del espíritu; en lugar del individuo adversario o superior a la sociedad, hemos encontrado al individuo social. Y desde entonces no volvimos a creer en la posibilidad de que el individualismo diese solución alguna a los problemas del anarquismo, pues el anarquismo no es un mero entretenimiento de filósofos peripatéticos, de bohemios libertarios o de genios desconocidos que abundan tanto por los cafés, sino un movimiento social de las grandes masas, en el cual el individuo tiene la noción de su conexión con un gran todo, con la colectividad en donde actúa y vive.

En nuestra prensa se han hecho muchas críticas al individualismo; existen contra él arraigadas prevenciones; pero muy pocos han ido al fondo de la cuestión; después de Bakunin, es a Malatesta a quien corresponde la gloria de haber dado los golpes más rudos a esa teoría; una colección de sus críticas al individualismo sería de un incalculable valor instructivo y práctico.

No en vano hubo siempre guerra civil entre el individualismo y el comunismo anárquico; las divergencias son demasiado profundas; existe entre uno y otro una tanta diferencia intelectual como entre la autoridad y la libertad. La conciliación de los primeros es tan utópica como la conciliación de las últimas.

Tucker rompió los lazos de fraternidad que a primera vista unen a todos los anarquistas; ha tenido razón; el individualismo y el socialismo, o sea el individualismo y "nuestro" anarquismo no tienen puntos sólidos de contacto; son dos ideas que parten de bases distintas y que no convergen hacia el mismo fin, aunque en apariencia parezcan ser dos manifestaciones de un mismo pensamiento central.

Para demostrar lo lejos que estamos del anarquismo individualista o del INDIVIDUALISMO anarquista, como diría Armand, nos podríamos servir de transcripciones del libro a que nos referimos, aún teniendo en cuenta que Armand no es uno de los individualistas más exagerados, que existe algo de social en él.

Después de leer el libro de Armand, con un cierto esfuerzo de voluntad, sacamos estas impresiones; la mayor parte de las críticas negativas que él suscribi-

be en nombre del individualismo, las han hecho siempre los anarquistas comunistas; no nos presenta absolutamente nada nuevo; y aquí podríamos repetir lo que me decía hace poco el viejo Brocher de León Chorny, que su mayor originalidad consiste en la introducción de nuevas palabras para expresar viejas ideas.

Lo que calificaríamos de característico en el libro y en las ideas de Armand nos da la sensación de un desborde de frases y de juegos de palabras que se inspiran más en la estética que en la revolución; no parece una catarata retórica que no dice nada al pensamiento, pero que nos aturde con el ruido. Si diéramos por no escritas esas frases de efecto más o menos estético, el libro caería de valor; Armand expresa el deseo de llevar al lector mediante su libro a pensar más profundamente (pág. 5); pero creemos que la superficialidad de esa filosofía no es capaz de avivar el pensamiento de los lectores; a lo sumo podrá despertar y provocar enfermedades de infancia del anarquismo en algunos temperamentos predispuestos. En la mayoría es posible que el libro de Armand produzca una saludable reacción contra la filosofía del individualismo. Por eso no vacilamos en recomendarlo a quienes deseen convencerse de la vacuidad ideológica y de la falsa posición de los superhombres que se sienten más fuertes cuando están solos (pág. 22).

Shakespeare y sus obras

OTELLO.—

Uno de los efectos más trágicos que se han producido en la vida de la humanidad proviene, sin duda, de los celos. Fundados éstos en los sentimientos de supuesta o positiva infidelidad puede asegurarse, sin temor a error, que ellos han sido los promotores de la mitad, por lo menos, de nuestras eternas tragedias. Desde todas las épocas, y en todas las manifestaciones del arte, hemos visto desarrollarse la sin igual batalla que en este terreno han librado el hombre y la mujer.

Una de las producciones artísticas en que este sentimiento se desborda con más plenitud, y con efectos más estúpidamente trágicos, es en esta obra de Shakespeare. Y no porque los personajes, que se mueven en el centro del argumento, sean tipos versátiles, en materia de amor, sino como lógica consecuencia del fondo inexcrutable de nosotros mismos.

Parece que el gran dramaturgo inglés, además de trasladar a la escena este instinto irreflexivo de la humanidad, haya querido demostrar también como las personas, al parecer divorciadas con dicha pasión, pueden ser víctimas de sus estragos a despecho de la propia razón. Porque los fueros de ésta no son siempre tan imperiosos en su lógica superioridad, como parece. Ni sabemos por qué motivo convive, hasta en hombres emancipados de vanos prejuicios, la pasión de los celos. Y no solamente de los celos como presunción de desafección hacia nosotros sino también como realidad que nos anuncie el desamor que hacia el hombre o la mujer experimente un ser amado.

Confesamos que para llegar a un estado de indiferencia ante las decisiones generales en materia de amor, y de respeto y tolerancia mutuos, entre el hombre y la mujer, para entregarse al ser predilecto de sus pasiones, con mengua de un tercero que reivindica para sí la parte de goce a que también se cree con derecho, será indispensable que la cultura libertaria irradie sobre nosotros muchos

Según Armand, la igualdad, la fraternidad entre todos los hombres, las ideas de solidaridad y de amor universales, de sociedad futura, de revolución salvadora y transformadora, etc., no tienen nada de específicamente anarquista (pág. 20); es decir, todo lo que es social no es anarquista; esa nos parece ser la gran diferencia existente entre nosotros y el individualismo: para nosotros el anarquismo es social y vale y vive como movimiento por sus rasgos sociales, por la solidaridad que provoca, por la fraternidad que predica, por la revolución social que anhela...

El individualismo sin embargo tuvo en otros tiempos más predicamento en el movimiento anarquista; pero actualmente lo vemos perder terreno todos los días y batirse en retirada. Ahí está la escuela individualista milanesa impregnada de comunismo y en franca reacción contra la teoría y la práctica del individualismo consecuente; ahí está lo que llamaríamos la escuela de Montevideo, que mezcla el individualismo con el gremialismo; todos esos son buenos síntomas. Pero ¿qué diría Tucker de semejantes individualistas! No está lejano el día en que se constatará generalmente que sale el sol cuando su hora llega sin que cante el gallo de Ros-tand anunciando su venida.

D. A. de S.

de sus benéficos effluvis susceptibles de amortiguar nuestra pasión. Que no somos tan insensibles, como parece, a los goces de la carne y no siempre el razonamiento puede acallar en nosotros al animal biológico, y por ende irreflexivo, que llevamos dentro apareciendo siempre y a propósito de todo como seres perfectos exentos de las impurezas materiales contenidas en la arcilla que conforma nuestra personalidad.

El argumento que constituye la trama de esta obra maravillosa del genio shakespeareano es por demás sencillo contrastando admirablemente con los efectos trágicos de su natural desenlace. Y no sólo la irreflexiva pasión de los celos se halla inmortalizada en esta obra sino que también lo está el instinto perverso del intrigante encarnado en la persona de un ser odioso, por todo concepto, y, no obstante, tan humano y hasta natural.

Porque Shakespeare tiene un don tan suyo, una virtud creadora tan genuina y personal que hasta los tipos que encarnan o simbolizan los sentimientos más detestables de la especie se nos ofrecen con una naturalidad, con un ritmo tal de consecuencia, que por momentos los creemos tan propios de la vida como sus tipos de orden contrario.

Todo invita a la meditación en las obras de Shakespeare. Y esto que este genio inglés no se propone, en la mayoría de los casos, resolver problemas palpitantes de honda psicología sino reflejar, en el espejo de nuestra conciencia, la tragedia vital de la humanidad como resultante del choque entre sus pasiones opuestas. El argumento de esta producción de Shakespeare es el siguiente:

En Venecia, en tiempos de los Dux, había un moro intrépido llamado Otello que se hallaba al servicio de aquel Estado. Las proezas bélicas que aureolaban su vida eran de tal naturaleza que llegaron a sugestionar el corazón de Desdémona, una joven, pura y hermosa, hija de un senador del Dux.

Casado que hubo Otello con Desdémona, a despecho de la voluntad paternal, que se oponía a que su hija se casara con un negro africano, por más buen guerrero

que fuera, partió de Venecia para la isla Chipre amenazada de caer en poder de los turcos quienes se hallaban en guerra con los venecianos.

Otello tenía a su servicio, además de otras gentes, a dos viejos servidores, uno teniente y otro alférez, llamado Casio y Yago, respectivamente. El odio, de este último hacia aquél, por la preminencia del cargo, era de tal índole que por perderle y ocupar su lugar no vaciló en recurrir a las más inverosímiles intrigas. Odia también, en secreto, a Otello, porque se susurra en público que éste se refocila en el lecho con su mujer.

Imbuido Yago por el sentimiento oculto de la venganza se dispone a provocar el derrumbe personal de sus rivales y por consiguiente también de Desdémona y de su esposa Emilia, dama ésta que se halla al servicio de aquélla.

Interviene también en la tragedia otro personaje central llamado Rodrigo, quien se halla localmente enamorado de Desdémona. Veneciano rico, se deja seducir por las intrigas de Yago, el cual, prevaleciendo del ascendente que tiene sobre el moro y consorte le promete ayudarlo con el fin de conseguir los favores de Desdémona.

Llegados que hubieron a Chipré, Yago puso en práctica su plan de intrigas. Para librarse del teniente Casio, que gozaba de la confianza del moro, se vale de Rodrigo, convertido en dócil ejecutor de cuanto Yago le propone por creer que todo va encaminado a la obtención de su amor. En ocasión que Casio monta la guardia en el Castillo del moro consiguen ambos embriagarlo y provocar un escándalo que obliga al moro a colocar a Yago en el lugar de Casio y suspender a éste en sus funciones. Conseguido que hubo Yago este objeto, que le convierte en el hombre de más jerarquía y de más confianza de Otello, empieza pronto a minar el ánimo de éste inoculándole el virus de los celos hacia su honesta mujer.

Mientras por un lado Yago induce a Desdémona a interceder ante Otello para que reponga en su puesto a Casio, por el otro llama insistentemente la atención del moro sobre el excesivo afecto que Desdémona demuestra tener a Casio. Poco a poco, cautelosamente, con saña de miserable reptil, consigue que la duda, la atrocidad y atormentadora duda, se posea del alma de Otello quien con los más fútiles pretextos llega a creer en la infidelidad de Desdémona.

Yago manobra de tal manera, que Otello cree ya en sus palabras más que en su propia razón. El desenlace de la tragedia viene pues por sí solo como efecto de la desesperación mental de un hombre que absorbió por los trances bélicos de su vida nunca tuvo tiempo para conocer ese sentimiento extraño que se sobrepone a los demás de su alma, de tal modo que lo precipita fatalmente hacia su fin. ¿Por qué medios llega Otello a creer en la infidelidad de su consorte?

Guarda Desdémona un pañuelo, ofrenda de bodas del moro, que tiene para éste un significado trascendente. El azar hace que, caiga en poder de Yago, quien lo deja en la habitación de Casio. Como Otello pida insistentemente a Yago pruebas positivas de la infidelidad de Desdémona el intrigante le recuerda la virtud y el significado morales que para él, tiene dicha prenda. Tan pronto como Yago le dice al moro que tal prenda se halla en poder de Casio ya no duda de la infidelidad de su mujer. Impetuoso cual africano Otello a duras penas puede contenerse en una escena emocionante en la que pide a Desdémona, exhiba ante él dicha prenda. Y como sea que a ésta le es im-

posible cumplir sus deseos y por otra parte le es imposible justificarse de una pérdida tan valiosa para su esposo, éste llega a la conclusión de que es cierto todo cuanto le ha dicho Yago sobre el falso amor de Desdémona. En la noche siguiente a esta escena se produce en la alcoba de los cónyuges la horrible tragedia.

Mientras por un lado Yago se vale de Rodrigo para intentar asesinar a Casio, prometiéndole para el día siguiente la posesión de su amor; Otello, ciego de ira, estrangula a Desdémona en su lecho legal. Pero apenas consumado este crimen Emilia, esposa de Yago, entra en la alcoba y al ver a su señora yerta en el lecho se desata en improprios tremendos contra su matador. En esta escena se precipita el desenlace de la obra.

Yago es puesto en evidente felonía por declaraciones de su propia esposa a quien da muerte ya que no consigue hacerla callar. Casio sale con vida de la emboscada que se le tiende. Y por ciertos documentos hallados en poder del enamorado Rodrigo se vienen a conocer todas las intrigas de Yago. Llegan en aquel entonces, a la isla, heraldos del Dux. Y Otello, ante el horror que le produce el haber estrangulado inocentemente a su esposa, se hiere de muerte a sí.

La emoción que se apodera de nosotros al leer el final de esta obra es indescriptible. Nuestros sentimientos de dolor tan pronto se convierten ante la desgracia de la inocente Desdémona como ante la desesperación y fin trágicos del perturbado Otello. Cuando éste empieza a descender por la pendiente de la intriga, que hábilmente le tiende Yago, no podemos, por menos, que apiadarnos de él. Es una víctima aunque victimario y por esto mismo se hace acreedor a nuestra indulgencia.

En esta horrible tragedia, tan importante como las figuras de Desdémona y de Otello lo es la de Yago, a tal punto, que no creemos que el Mefistófeles de Goethe, para citar una creación similar, lo supere como encarnación de las fuerzas del mal. El símbolo perfecto de la insidia es ese Yago. Y los intrigantes de todos los tiempos y medios tendrán siempre en este tético personaje de la dramática shakespeareana su encarnación más acabada y ejemplar.

CIVIS



Un tomo en 8°, rústica ... \$ 1.20
Edición especial, papel pluma ... 2,00
" " " encuadernado en tela " 3,50
Todo pedido debe venir acompañado de su importe, a nombre de A. Barrera —
PERÚ 1937 — Buenos Aires.

Los grandes artistas de España

VELAZQUEZ

(Conclusión)

De hecho estamos en el mismo espacio. Esas formas son el reflejo que la naturaleza toma en un espíritu obediente que la acepta hasta en sus más estrechas apariencias, que jamás la modifica para hacérsela sentir mejor, sino que la depura en cada uno de los detalles que se la manifiestan, y cuando nos la da en su conjunto, ha hecho algo de más matizado, un poco más aéreo, un poco más discreto, un poco de más raro, que le da ese aspecto exacto y sobrenatural. El misterio es casi terrible. Ninguno de nosotros sabe ver en el mundo la expansión progresiva de la sombra y de la claridad, el pasaje secreto que hace que una forma prolongue a otra sin que nuestros ojos sean lastimados, la circulación continua de una atmósfera cuyo espesor solamente

cumplido el milagro de una obra admirable donde parece no haber intervenido el artista. Ese sentimiento de los valores, ese poder constante, y que parece fácil, de proporcionar exactamente la imagen a un juicio objetivo, es posiblemente la marca de una inteligencia de las más libres, la más serena, la más dueña de sí misma que haya habido en la pintura. Elevada hasta esa altura, la virtuosidad es un sacrificio heroico. No se puede decir que Velázquez no se descubre nunca. El orgullo castellano, el humor andaluz, el fatalismo oriental, el abandono árabe, todo eso se afirma o se adivina en esas severas efigies pintadas entre la muerte de Cervantes y la muerte de Calderón. Pero el valor psicológico no sobrepasa jamás al valor plástico. Lo aflora apenas, lo envuelve y lo oculta casi, bajo el juego



VELAZQUEZ — La fuente de los tritones

te degrada, envuelve y pone en su lugar a los objetos. Ve esas insensibles cosas, él, y las expresa sin dignarse decir que es eso lo que quiere mostrar. Viaja dentro de las fuerzas fluidas y para otros inapreciables que definen el universo. Lo que nosotros llamamos la línea — un símbolo que nos permite detenernos en el espacio de los volúmenes que no se detiene en ningún punto del espacio — lo que llamamos mancha — la ilusión superficial de un ojo inapto para aferrar la fuga de los contornos — lo que llamamos forma — una abstracción que no tiene en cuenta ni el aire ni la luz ni el espíritu viviente que anima a la materia — son nociones de las cuales Velázquez puede prescindir. El dispone sus elementos coloreados de la extensión, siguiendo el orden de superficie y de profundidad que le dictan esos elementos asimilados, con una fuerza tranquila para equilibrar la sensación con el gusto y la medida, y cuando ha terminado su propósito, se ha

gr. preciso y matizado de armonías incomparables. El ni nos obliga a ver, en Las Lanzas, la cortesía cordial del vencedor, la noble humildad del vencido, el espíritu que transforma la guerra y a pesar de la llanura incendiada, de las armas en alto y de las corazas, la levanta por encima del asesinato y del odio por el solo hecho de que atraviesa un segundo una elevada y soberbia visión. El confía, sin decirlo, al agua trémula de un espejo las imágenes del pudor o del poderío fastidiado. No nos fuerza a que constatemos el contraste melancólico que los infantes débiles o las reinas pálidas ofrecen con la bestia que los lleva, cuya sangre enrojece sus narices, la corva, la grupa y cuyas crines flotan al viento en el calor de la carrera y el vapor del sudor. No insiste en la ironía del espectáculo cuando ve avanzar un enano abyecto vestido de príncipe y a su lado un perro formidable, alto como él, inflado de rezongos, las patas duras, negro, fuerte

como la vida abandonada a sus fuerzas. No sonríe casi cuando pone el nombre de Juan de Austria al pie del retrato de un bufón contrahecho que bromea, o el nombre de Menippo y de Esopo debajo del de un mendigo. Cuando pinta un idiota, no dice si sufre, le balancea la cabeza y las espaldas en el tartamudeo de una canción. Cuando el rey está delante suyo, vestido de negro, con su largo rostro triste, no confiesa que le presta su propia majestad. Una distinción tan real que no se toma jamás la pena de buscar de imponer, una grandeza desprendida de sí misma y consciente de ser la única en conocerse, eleva hasta su corazón ese mundo que muere poco a poco. Esta nobleza reservada es la última de sus victorias y su suprema afirmación es la menos confesada, y la más difícil de penetrar. Algunas claridades solamente jalonan su vida prisionera. Primero la estadía en Madrid de Rubens en pleno apogeo, del cual Velázquez, hízose amigo y recibió el consejo de ir a preguntar a los maestros de Roma y de Venecia cómo se disciplina la propia generosidad. Después los dos viajes a Italia que hizo durar lo más posible y de los que trajo, con la amistad de Ribera y de Poussin, lo que un espíritu superior puede solamente descubrir, el instrumento de su li-

bertad. El resto de su tiempo vivió como un doméstico, acosado de funciones imbeciles, mal retribuido, vestido con trajes de segunda mano, pintando por accidente, cuando se le imponía un retrato, un asunto decorativo de religión o de historia. Cada progreso era para él, no solamente una conquista sobre sí mismo, sino también sobre las inercias indiferentes, o las fuerzas hostiles que lo rodeaban. Arrancaba algunas de sus obras a una meditación solitaria y casi forzada, empujado hacia el fondo de sí mismo por la imposibilidad de encontrar un espíritu cómplice del suyo y de confesar su alma real en otra forma que en las obras de encargo donde hacía pasar su nostalgia y su silencio como detrás de un velo casi impenetrable. No sospechó sino muy tarde, en la hora en que la sombra de sus días se alargaba en su ruta, todo lo que había en él de fuerza secreta para llevar, desde las profundidades de su pasión a la superficie de la vida, la imagen de sus ilusiones ignoradas. Y el aislamiento y el apremio aumentando con los años, su elevada comprensión agrandaba a medida, como si él hubiese sentido que ella no tendría tiempo antes de la muerte de recogerse completamente.

ELIE FAURE

DE CARTA A CARTA

LEGUIA SE DIVIERTE

...Y, entretanto, la mortalidad infantil, va subiendo, va subiendo hasta llegar a las nubes.

Lima, entre varias capitales del sur y norteamérica, es la que concurre con un porcentaje mayor de defunciones, cada cien habitantes. Tiene el triste privilegio de ser la primera, entre las metrópolis, donde la tuberculosis hace mayores estragos. Cada seis horas, en Lima muere una persona, a causa de la tisis.

Entretanto el presidente, y la cohorte de monos purpurados, que son sus ministros, concurren a fiestas, banquetes y saraos.

Cada semana, cada mes, se inventan nuevas gabelas, nuevos impuestos, nuevas socialías, que redundan en perjuicio del paria del taller y de la oficina.

La sed de oro, en las esferas gubernativas, ha llegado al paroxismo y pronto se convertirá en pasión vesánica y avasalladora, que les hará cometer los peores crímenes y las peores villanías.

Ya se han puesto en cuatro patas con el rabo al aire, perdiendo toda compostura, todos los escrúpulos, y la poca vergüenza que les quedaba para clavar, contra quienes lo esquilmaban y lo escarnecían.

Esto explica que este señor Leguía, — tiranuelo de talla liliputiense, mequetrefe resumido en un costal de huesos, sin adarme de inteligencia y, sí, mucha astucia para la intriga baja y soez, — haya podido encandilar a todo un país.

Cada día la vida se hace más difícil para las clases media y obrera. El trabajo es escaso, las subsistencias tienen precios prohibitivos, las habitaciones son carísimas; y qué habitaciones y qué casas! Son verdaderas conejeras, antros sin ninguna comodidad, con poca ventilación y, por ende, semillero de todas las enfermedades, desde las tercianas roedoras de toda energía, hasta la tisis que gangrena los pulmones.

más comodidad, las uñas y los dientes en la carne del pueblo peruano, dócil, bonachón, y apático.

González Prada cuenta que, en la guerra del 79, cuando los chilenos se posesionaron de Lima, a todos los rateros que pillaban infragante, les bajaban los pantalones, propinándoles, de 50 a 100 azotes en el trasero desnudo.

A cierto señor venido a menos y que había ocupado posición holgada, le sorprendieron cometiendo alguna ratería y, naturalmente, fué condenado a sufrir la pena infamante. El sujeto, después de haber recibido la rociadura de palos, suministrada por un "roto" de brazo vigoroso, mirando a los circunstantes y abrochándose los pantalones, exclamó muy fresco:

—Yo creía que me dolería más.

Al pueblo limeño le pasa algo de eso. Todas las ignominias, todos los despojos y todas las afrentas, inferidas por sus mandones, nunca le duelen tanto como él ha creído. Dada esa modalidad especialmente suya, que ataraza todos sus bríos y todo conato de rebeldía, no se decide a dejar esa resignación de mansa grey, que bala sus quejas, en vez de rugir sus protestas, contra quienes lo esquilmaban y lo escarnecían.

Esto explica que este señor Leguía, — tiranuelo de talla liliputiense, mequetrefe resumido en un costal de huesos, sin adarme de inteligencia y, sí, mucha astucia para la intriga baja y soez, — haya podido encandilar a todo un país.

Cada día la vida se hace más difícil para las clases media y obrera. El trabajo es escaso, las subsistencias tienen precios prohibitivos, las habitaciones son carísimas; y qué habitaciones y qué casas! Son verdaderas conejeras, antros sin ninguna comodidad, con poca ventilación y, por ende, semillero de todas las enfermedades, desde las tercianas roedoras de toda energía, hasta la tisis que gangrena los pulmones.

"El Comercio" deja entrever algo — no mucho — de la situación que padecen los súbditos de Leguía. Habiéndose declarado un incendio en un barrio obrero, el cronista presencia este cuadro: "Allí, en interiores antihigiénicos y en habitaciones faltas de luz, se albergan centenares de familias pobres. Cuando llegamos a aquel lugar, la calle de Tayacayá ofrecía un espectáculo único. Parecía un campamento donde se habían formado barricadas. Las gentes humildes, temerosas de que sus miserables enseres resultaran destruidos por el incendio, los habían extraído de sus habitaciones y colocado en medio de la calle."

Ahora leed este otro suelto de "La Crónica". De las líneas que subsiguen, se trasluce algo — muy poquito — sobre el grado de higiene existente en Lima y las condiciones en que agonizan las clases más humildes:

"El Rimac a su paso por la ciudad aparece inmundito, no por su escaso caudal de aguas, sino porque nadie se preocupa de canalizar su corriente hacia los sitios donde caen los albañales. Ahora, por ejemplo, la corriente ha dejado un gran pantano hacia la margen izquierda. Sobre las aguas de este pantano, corrompidas de suyo, el albañal vomita todos los detritus de los barrios de Abajo el Puente. No hay para qué decir las epidemias a que este pantano puede dar vida; basta saber por lo pronto, que con razón los barrios bajopontinos tienen fama de palúdicos."

Sin embargo, el clima de Lima es saludable, y lo es tanto o más que el de Buenos Aires.



Canillitas limeños durmiendo el sueño de la inocencia... y del agotamiento físico

¿A qué se debe entonces esa creciente mortalidad entre sus habitantes? Primero, a que son muy raros — o casi ninguno — los callejones con cuarto de baño y servicio higiénico; segundo, a que se obliga al proletariado a un desgaste mayor de energías sin que lo compense una alimentación adecuada y abundante; tercero, a que los obreros viven en barrios recogedores de todos los detritus de la ciudad, siendo, por eso, focos de infección, donde todas las enfermedades tienen asiento.

"En la sesión del día 29 celebrada por el concejo distrital de La Victoria se acordó un voto de aplauso al artista señor David Lozano, por la ejecución del monumento al Presidente de la República, señor Augusto R. Leguía".

A pesar de todas esas calamidades que los limeños soportan con estoicismo,

pronto se inaugurará en el barrio de La Victoria, y en el centro de una plazuela florida, la estatua de Leguía. Este señor de conciencia impermeable, y posiblemente forrada de gutapercha, hallase gravemente enfermo de vanidad y ebrio de soberbia debido a los efectos de letóreos producidos por el poder omnímodo, que retiene entre sus garras. Ya no es el cacique que mangonea el país como si fuera un fundo de su propiedad, es un gorila embravecido y prepotente, que cabalga del lomo del pueblo, haciéndole sangrar los ijares.

Ustedes creen que un hombre que está sano, en su sano juicio, toleraría semejante autodeficación, semejante payasada, digna de los tiempos degenerados y turbios de la Roma antigua?

Solamente un megalómano rematado, como ese polichinela, se aviene a recibir un homenaje que, afrentándolo, lo coloca al nivel de un candidato maduro para el manicomio y la camisa de fuerza.

Esta estatua que se inaugurará, estando en vida Leguía, tiene su equivalente en el caballo de Calígula. Al coronarlo el cuadrúpedo emperador de los romanos y comer plensio en platos de oro, desalojó al sátropa cretino, corrompido y loco.

Por eso ese monumento, efigie de un cholo engreído, será el mausoleo y la tumba insonora donde descansarán los restos mortales del hombre público que fué Leguía.

No cabe duda, el presidente del Perú es el más ridículo de todos los caciques, tiranuelos y caudillos que han padecido las naciones suramericanas.



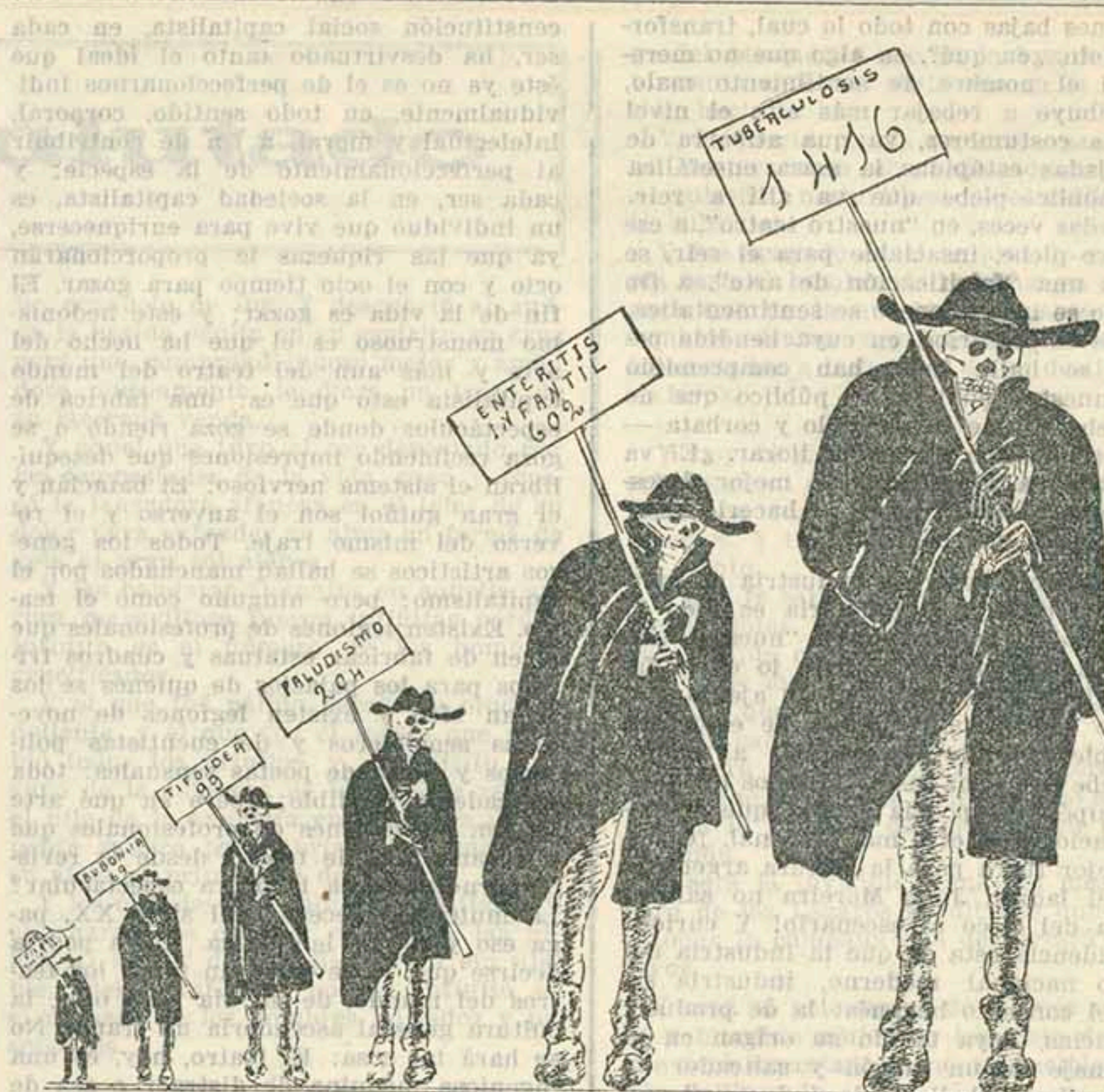
Canillitas limeños durmiendo el sueño de la inocencia... y del agotamiento físico

Al respecto, alguien nos preguntó: —¿No han visto alguna vez, en las revistas y los diarios, los retratos del presidente y su apéndice, el canciller?

—Y no han notado una particularidad?

—Pues bien, ellos, cuando han de recibir algún embajador o cualquier personaje extranjero, hallándose en su propia casa, se encasquetan el cilindro de siete reflejos, se cuelgan la banda mirífica y empuñan a dos manos el garrote de mando, como si abrigaran el temor de no ser reconocidos sin todos esos atributos, o que los confundan con los numerosos ordenanzas o porteros, que también visten frac.

Y agregó: —El embajador francés, al verlos con el cilindro metido hasta las orejas, murmuró entre dientes:



Mortalidad comparada en el año 1920 (Número absoluto)

"Esto no lo he visto sino entre los cafres y en el Perú".

Otra cosa que avecina a Leguía con los cafres, es la pasión por todo lo que relumbra, máxime si se trata de dinero o algo valioso: casas, joyas, mujeres, caballos, automóviles y etc. Su voracidad para tragarse billetes de banco no tiene límites. Es insaciable. El oro ejerce efecto de imán sobre él. Se le pega en los dedos o viceversa. Cada año añade una torre de plata al castillo de su fortuna.

Por eso este gobernante tiene un parecido asombroso con Midas, el rey con orejas de burro de la mitología griega. El, como Leguía, experimentaba la misma sed devoradora de oro. Y los dioses del Olimpo lo castigaron convirtiendo en oro su lecho, los alimentos, los frutos de los árboles, el vino que bebía y el agua con que se lavaba, de modo que el precioso metal que era su sueño, fué después su maldición.

Si el pueblo limeño también pudiera

hacer el milagro de echar a puntapiés a Leguía, debería condenarlo, antes, a pastar algunos de esos millones que extorsionó a costa de tantas lágrimas, angustias y fatigas de los pobres.

Pero nadie hará eso. La reelección presidencial se realizará, no por la voluntad, sino por la pasividad del pueblo.

Entonces quedaría un recurso. El pueblo peruano, en general, es muy católico, apostólico y romano, estando muy acostumbrado a esperar que todo le llueva del cielo. ¿Por qué no hacen rogativas y oran novenas, pidiéndole al Omnipotente que abra los ojos de Leguía, y, si esto es imposible, que los cierre para siempre? Esto último, si acaeciera, sería un acontecimiento más feliz que recobrar, de Chile, las provincias cautivas.

Ya que, hoy, Leguía y sus cómplices son la mayor calamidad que envilece y agobia al Perú.

Lima, 21 de abril de 1924.

"NUESTRO TEATRO"

"Adonde está el arte, allí está el amor al prójimo". Hipócrates.

"Nuestro Teatro", desde la arena del picadero, donde si no nació como se ha dicho, cobró nueva vida, hasta las tablas de los escenarios más empingorotados donde hoy se mueve; ha adquirido un no sospechado volumen. Hoy, "nuestro teatro", puede decirse que es una de las mejores actividades nacionales y, si no puede rivalizar con otras, como la actividad ganadera o la vitivinícola; va en camino de ocupar un puesto junto a las industrias nacionales. La industria nacional de las alpagatas, por ejemplo, ya ha sido ignominiosamente derrotada por la industria nacional que produce saines. Que todo esto no envanezca a los hombres de letras, pueda ser; pero más de un argentino se sentirá bien satisfecho al observar que, así como sobre su mesa hay quesos y vinos argentinos; su mente puede nutrirse en escenarios argentinos y mediante obras argentinas. La industria teatral argentina, por otra parte, ya produce para la exportación: los públicos del Uruguay, Chile, Perú, México y España, la han probado; y ya le amenaza al Brasil.

Esta definición no se ha conservado íntegra para la generalidad de los hombres. Divididos éstos en dos grandes grupos: los que le dan un sentido a la vida y tienen un ideal y los que no le dan ningún sentido a la vida y no tienen ideal ninguno; para los primeros, es industria lo que transforma las materias primas en objetos útiles, en tanto que, para los segundos, todo lo que produzca riquezas es industria. Para éstos, claro está entonces que, el teatro nacional, el que tan pingües ganancias produce a empresarios y a algunos autores y cómicos, es una industria. Pero lo es para los que tienen un ideal de vida y creen que no merece el nombre de industria todo lo que produzca riquezas, sino aquello que transforme las materias primas en objetos útiles. Una actividad intelectual, llegaría a merecer el nombre de industria si, copiando emociones e ideas — materia prima — las transformase en sentimientos capaces de perfeccionar los costumbres — objetos útiles. ¿Realiza tal cosa "nuestro teatro"? ¡No, no, no! "Nuestro Teatro", salvadas contadísimas excepciones, no coge ni emoción ni ideas, sino chistes sucios, tipos caricaturescos y

pasiones bajas con todo lo cual, transformándolo, ¿en qué?, en algo que no merece ni el nombre de sentimiento malo, contribuye a rebajar más aun el nivel de las costumbres, ya que atiborra de carcajadas estúpidas la masa encefálica del público-plebe que va allí a reír. Contadas veces, en "nuestro teatro", a ese público-plebe, insaciable para el reír, se le da una "falsificación de arte", a fin de que se impresione o se sentimentalice. Ya los empresarios, en cuya hendida pezuña se halla todo, han comprendido que nuestro público, — público que no es plebe porque lleva cuello y corbata — nuestro público no quiere llorar. ¿El va al teatro a digerir? ¿Qué mejor digestivo que la risa? ¡Pues, a hacerlo reír! ¿Que ría y que pague!

"Nuestro Teatro" es industria sí, para los que creen que industria es todo lo que produce ganancias. Y "nuestro teatro" es tan industria como lo es la fabricación de cigarrillos o de ajeno: un tóxico con el que se ahita de estupefidez sensiblera o de risa procaz al público-plebe que llena las salas todos los días. Sin hipótesis, podría decirse que el teatro nacional es otro mal nacional. ¿Cuanto mejor fuera para la cultura argentina que el ladrón Juan Moreira no saltara nunca del circo al escenario! Y curiosa coincidencia esta de que la industria del teatro nacional moderno, industria según el concepto burgués: la de producir ganancias, haya tenido su origen en el personaje de un ladrón y saltador de oficio, "un caballero de industria", como castizamente se denomina a los tales.

La nueva generación intelectual, la que aun no ha llegado a los veinticinco años, forzosamente ha tenido que hacer una revisión de valores, la obligada revisión de valores que debe hacerse toda generación que pretenda reflejar algo feo en cualquier orden. Y esta joven generación, revisando la abrumadora cantidad de nombres de autores y nombres de obras que se le ha legado con el rubro de "Teatro Nacional", ha visto que, a conciencia, sólo puede salvar unos pocos nombres de relativo valer y unas pocas obras de más relativo valer aun. Y se ha dicho: "El Teatro nacional es un naufragio". ¡Así fuese un naufragio y se hundiera todo! No es un buque naufragio, sino una gran caballería o un chiquero enorme, construido de barro y paja, construcción primitiva de rancho, y al que se ha pretendido dar el nombre de templo, al consagrarlo a la musa de Esquilo y Aristófanes. Mas este gran rancho, al que algunos autores han abierto ventanas y agregado columnas de tal o cual estilo europeo; podrá servir de "bolche" para transacciones comerciales, nada más. Para ser templo de arte, le falta esto que no es tan poco: Apóstoles — artistas — que oficien con desinterés y creyentes — pueblo — que vayan allí poseídos de un ideal, a purificarse. ¿Pero dónde y en qué nación del mundo el teatro es eso tan sagrado que debiera ser? Tranquiliense los patriotas: en ninguna nación todo su arte es templo. En tal o cual urbe europea, hay un teatro de arte donde concurre pueblo poseído de fervor religioso, a purificarse con la sagrada emoción, ¿y después?: bataclanes, revistas, vodeviles, comedias cursis, dramones de gran guñol, gritos y risas, cabriolas y procacidades, todo lo inmundo. Este "alimento intelectual" pide el público-plebe de todas partes y eso le sirven los mercachifles empresarios, los mercachifles autores y los mercachifles actores. Esto en París como en Londres y en Madrid como en Buenos Aires. El mal tiene su origen en la sociedad capitalista; y sólo desaparecerá por completo cuando ésta desaparezca. Intil es aguar la salvación por otra parte. El "orden capitalista", apoyado en el materialismo científico y engalanándose en el falso arte o artificio que produjo la teoría del arte por el arte o arte por la belleza; no da un sentido a la vida. Con su ciencia sin un ideal humano a cumplir y su arte — artificio, en rigor — tan escéptico como su ciencia, arte sin religiosidad, ha hecho de cada individuo un ente sin objeto y sin más fin que gozar sus sentidos hasta el hartazgo. Al arte, se le mira como un goce más, un goce de selectos intelectuales, ¿a gozarlo, pues! ¿No está ahí ese macaco de D'Annunzio, prototipo sensual del falso artista, del artifice mimado por la sociedad; no está ahí, harto de carne y de mundo, de riquezas y de éxito, pidiendo un nuevo sentido, a fuer de hastiado de gozar? La

constitución social capitalista, en cada ser, ha desvirtuado tanto el ideal que éste ya no es el de perfeccionarnos individualmente, en todo sentido, corporal, intelectual y moral, a fin de contribuir al perfeccionamiento de la especie; y cada ser, en la sociedad capitalista, es un individuo que vive para enriquecerse, ya que con las riquezas le proporcionarán ocio y con el ocio tiempo para gozar. El fin de la vida es gozar; y este hedonismo monstruoso es el que ha hecho del arte y más aun del teatro del mundo capitalista esto que es: una fábrica de espectáculos donde se goza riendo o se goza recibiendo impresiones que desequilibran el sistema nervioso: El bataclán y el gran guñol son el anverso y el reverso del mismo traje. Todos los géneros artísticos se hallan manchados por el capitalismo; pero ninguno como el teatro. Existen legiones de profesionales que viven de fabricar estatuas y cuadros frívolos para los palacios de quienes se los pagan bien y existen legiones de novelistas sensibleros y de cuentistas policíacos y hasta de poetas sensuales: toda mercadería vendible; ¿pero en qué arte existen las legiones de profesionales que fabrican obras de teatro, desde la revista pornográfica a la ópera espectacular? La multitud, mecenas del siglo XX, paga eso y eso se le fabrica. Hasta podría decirse que, si se cerraran todos los teatros del mundo, de un día para otro, la cultura general ascendería un tramo. No se hará tal cosa: El teatro, hoy, es una ingeniosa máquina de distraer o sea de idiotizar; ¿y qué otra cosa buscan los explotadores de la multitud?

Sin embargo, en algunas ciudades europeas, se han producido núcleos en los que se realiza teatro artístico, teatro de ideas elevadas, de emociones ennobecedoras. Entre nosotros, aun no se ha producido tal núcleo. ¿Las causas? Tal vez la falta de una tradición artística, como existe en naciones de cultura más acendrada; pero esto no es todo. Hay quien dice que "nuestro teatro" se salvaría con la aparición de un gran autor o con la de un gran actor. No comparto tal creencia. La aparición de un gran autor, poco o nada significaría, pues, si no halla colaboradores eficaces en los intérpretes, se estrellaría contra el medio, indiferente por mercantilismo y duro por incompreensión. Se estrellaría o se adaptaría, dejando de ser gran autor y no cumpliendo la misión que hubo de cumplir. Me imagino al escritor de más vigorosa personalidad que haya habido entre nosotros, a Rafael Barret, el razonador más inquieto, el espíritu más desconforme con lo establecido; imaginomelo autor de un drama denso de ideas y cálido de emoción, tal como pudo hacerlo el pensador y artista. Y ya lo veo peregrinando de secretaría en secretaría para que el empresario, un mercachifle ignorante que de por sí se abrogó el título de director artístico, juzgue su obra. ¡Qué sarcasmo! Casi con angustia, ante un hecho que si no ocurrió pudo haber ocurrido, me pregunto: ¿Qué empresario-director artístico es capaz de comprender, ¿qué comprender, ni sentir simpatía siquiera! por un escritor de la originalidad y audacia de Barret? Y éste, por no poder representar, habría escrito en vano su obra. Lo dicho: la aparición de un gran autor, nada significaría para "nuestro teatro".

La aparición de un gran actor, sí, tendría importancia. Aunque no fuese el Mesías, el salvador de "nuestro teatro", ya que éste, beocio y burdo como es, lo es por causa del régimen social burdo y beocio que lo ha engendrado aquí, en Buenos Aires, como antes lo engendraría en Madrid o en Londres o en París; aunque el gran actor no salvase a "nuestro teatro", formaría el núcleo artístico que falta entre nosotros, ese núcleo que, en medio de su teatro burdo y beocio existe en otras ciudades. Ese gran actor, atraería a los jóvenes actores inteligentes — que los hay — y que ahora, para poder vivir, actúan en elencos infames, traería escritores jóvenes, llenos de altos propósitos — que los hay — y que ahora se dedican a otras actividades y, por fin, atraería una cierta entidad de pueblo — pueblo: hombres con ideal — y que ahora se refugian en el libro, ya que los escenarios no les dan la línea de arte que su sed espiritual reclama. En torno a ese gran actor — o gran actriz — se concretarían los elementos hoy dispersos y se formaría ese núcleo de arte que aun nos falta. Coe-

xistirían el sainete, el bataclán, el dramón espeluznante, la comedia ñoña, "teatro de industria", teatro comercial que produjera el capitalismo como régimen; coexistirían con la comedia o el drama cuyo fuera el fin de emocionarnos y de enseñarnos que la vida tiene un alto ideal a cumplir, y que éste es el de realizar la fraternidad humana. No desaparecerían los bajos géneros de teatro hoy en boga; mas "nuestro teatro", con este núcleo de arte, en el que se darían grandes obras extranjeras sobre todo ya podría decirse que existe. ¿Porqué hoy, desde un punto de vista artístico absoluto, podemos decir que existe un teatro? Y este núcleo, estaría llamado a llenar una misión social trascendente una vez desaparecido el imperante desorden capitalista, el que desaparecerá por esta razón lógica: es fatal que no se perpetúe lo absurdo.

Y, entre tanto no se presente ese gran actor, núcleo de la célula artística que falta en este informe protoplasmático que es "nuestro teatro" actual; pasemos revista al cúmulo de males que tienden a rebajarlo más cada vez.

Por lo común, la producción teatral es de una calidad ínfima. Y se da este caso: escritores que en novela o en verso han producido una obra estimable, puestos a escribir para el teatro, desbarrajan. ¿Falta de condiciones? No: Falta de buenos propósitos. La gran mayoría de las obras que se estrenan, se escriben para tal actor o para tal actriz; y en esta forma — más si el tal actor o la tal actriz son unilaterales, como los nuestros — en esta forma, ¿quién realiza una obra de arte? El más gran talento se hallará cobibido. Mas demos el caso de un autor que escriba una obra porque sí, porque la sintió. ¿Con qué chocaría para estrenar? Primero: con el empresario-director artístico, y segundo: con la falta de cultura y de inteligencia de los actores "capos de compañía". El empresario-director artístico, antes que el arte, ¿el arte, entidad abstracta?; ve su negocio; cosa bien concreta, y agreguemos que ese señor jamás leyó nada ni fué al teatro más que para enriquecerse. Es un inepto. ¿Cómo juzgar este inepto mercader una obra de arte? En cuanto al "capo de compañía" sin cultura ni inteligencia, busca obras monólogos, en las que él hable y, sobre todo, en las que él se mueva. Característico es en el cómico sin inteligencia ni cultura el que exija acción a las obras, confundiendo acción con movimiento, claro está. En la vida real, en la vida de carne y hueso que todos vivimos, los hombres hablan, y hablan no sólo de las cosas que les concierne a ellos, sino de asuntos generales también. Esto no lo conciben ciertos actores. No conciben que se lleve esta modalidad humana a los escenarios y se haga hablar a las personas, no sólo de lo que les está ocurriendo en ese instante, sino también de tópicos generales, de ideas abstractas. Poner diálogos así en una obra, es quitarle acción — según ellos — es desvirtuar el teatro. Esta gente cree que teatro es sinónimo de gritos y corridas; y si hay tríos y estrangulamientos en los dramas y payasadas y saltos mortales en las comedias, mejor: hay movimiento, hay acción. El autor posee la técnica teatral; y la posee porque realiza la única técnica que pueden apreciar ellos: la que se ve, no la que se oye. "El teatro es acción" — se cansan de repetirlo, sin saber — lo dije en otra parte — que en los pensamientos y en las emociones se halla la verdadera acción teatral, la única, la acción artística. Si no, es confundir teatro con cinematógrafo que es como confundir pintura con fotografía. Para ahondamiento de males, a algunas de nuestras actrices, — hablémosles en su lengua — "se les ha metido el berretín aristocrático": quieren lucir trajes, quieren lucir "misce en escena"... Hay que deslustrar al espectador; y ya que no se le da arte, porque se le dan patatas comedietas ñoñas y frías, se le encandila a fuerza de ropas, alhajas, muebles y cortinajes. El procedimiento, como ingenioso de es, tiene el ingenio y la mala fe de la cámara oscura del prestidigitador. Esta es una cámara iluminada, y cámara de engaños como la otra, en la que ya se pueden decir las mayores tonterías y hacer las escenas más cursis; el engañado espectador, todo lo creará arte, arte exquisito, arte elevado... ¿Cómo no ser arte exquisito y elevado si la actriz lleva un tapado de pieles de cinco mil pesos?...

¿Y la crítica? La crítica padece del mismo mal que el teatro: está al servicio del capitalismo. La crítica, es una consecuencia social, como lo es todo ese mal arte que amontona cuadros y estatuas en las exposiciones, libros en las vidrieras y obras en los escenarios. La crítica no es peor ni mejor que ese "arte". Está a su altura, es mala como él porque, como él, se fabrica para quien la pague. Es su cómplice, en el infitil y criminal esfuerzo de pretender amordazar el arte de verdad. Hay ingenios que esperan de la crítica sana la salvación de "nuestro teatro"; pero esa crítica sana la hacen unos pocos espíritus independientes y, por lo común, desde revistas juveniles de difusión escasa. ¿Cómo contrapesa ésta a la enorme "reclame" de la crítica comercial?

Paul Gsell, biógrafo estético de Rodin y de France; dice del teatro francés: "El teatro es una grande usina; cada uno de nuestros autores dramáticos es un fabricante. Como el vulgo se presenta en el teatro después de comer, lo que quiere, antes que nada, es una digestión fácil. Por eso se le confeccionan piezas digestivas cuidadosamente expurgadas de cuanto hubiese de exigir en el espectador un esfuerzo cerebral... Pero el teatro debe responder a otra necesidad; comienza la noche y la prepara; debe también calentar los sentidos del auditorio"...

"Nuestro Teatro", así, no lo olvidemos, padece de las mismas taras que el teatro de las naciones más cultas de Europa: tiene su teatro jocosos y su teatro serio. Aquél no engaña a nadie; las "comedias" que en él se dan son pantomimas sin pretensiones. El peligro está en el teatro al que se le dice serio, pero que sólo es grave: lleva el ceño fruncido y no piensa, sólo es grave entonces, porque sólo merece el nombre de serio el que piensa. Y este teatro, da melodramas con el nombre de dramas y, con el nombre de comedias, da merengue sentimental, a fin de que la "capo" actriz luzca uno o dos trajes por acto.

Todo esto sin negar que, de vez en vez, ¡muy de vez en vez!, un relámpago de arte ilumina tanta tiniebla... Más aún: a veces, en el mismo escenario donde se acaba de dar el bodrio más infame, se representa algo lleno de buenas intenciones: ¿pero no será el caso del burro que toca la flauta por casualidad?

Y, para concluir, este distingo: desde el punto de vista del arte, es un grave error creer que se deba considerar como del pueblo a un hombre, sólo teniendo en cuenta su situación económica. Es un error grave que nos producirá desencantos. Se es del pueblo cuando se tiene un ideal de fraternidad humana, sino se es público o plebe, vale decir: vulgo. Y esto aunque se sea mendicante o potentado, analfabeto o doctor. La orientación espiritual es quien debe decirnos cuando un hombre es o no del pueblo. Tan burgués — burgués: sinónimo de individualismo egoísta — tan burgués es el miserable que sólo aspira a enriquecerse, como el mayor de los millonarios. Es un burgués espiritual, no económico. Y es la peor de las burguesías. Y se sabe cómo lo definió Flaubert: "Burgués es el que piensa bajamente". Mejor sería: el que siente bajamente; y sente bajo todo el que no se considera hermano de los demás hombres.

Produce desencanto el considerar como hombre del pueblo a todo pobre, pues, nos acercamos a muchos pobres para deducir que son tan sucios en sus sentimientos y tan egoístas en su pensar, que merecen ser pobres. Ellos sólo aspiran a ser ricos y, si lo fueran, estos explotados serían tan fieras como sus explotadores.

De aquí las definiciones siguientes: Pueblo es el que aspira a un ideal de fraternidad humana. Público y plebe son los que no tienen ningún ideal. Mas entre público y plebe hay diferencia, aunque de poca importancia, puesto que es una diferencia de forma: El público, posee educación social, corrección de maneras. La plebe, no. Así: un hombre del público se emborracha en su alcoba y uno de la plebe, en el almacén y se hace llevar preso a empujones, entre el escándalo. Un hombre del público, se hace bolsista y mata de hambre a miles de prójimos; uno de la plebe, se hace asesino, aguarda al primer transeunte, le parte la cabeza y le roba el reloj.

Y es preciso hacer este distingo entre pueblo, público y plebe, ya que sólo pueblo ha de ir al teatro de arte, una vez

que este halle su actor; y se funde... Entonces, ya podremos decir: Nuestro Teatro; y hasta entonces, como cosa que no nos pertenece, los del pueblo sigamos escribiéndolo entre comillas.

Álvaro Jungue

COMENTARIOS AJENOS.

Degas y los "genios"

Comentando la exposición de las obras del gran pintor contemporáneo Degas, realizada últimamente en París, decía Abel Hermant:

No hay lugar en el mundo donde uno pueda creerse menos en Bizancio que en los salones de Georges Petit donde se expone la obra de Degas; pero no sería eso lo que hubiese molestado a los bizantinos de hace 10 años, cuya competencia, en cuestión de bizantinismo, y, en tesis general, de todo, era de las más sumarias. Hubiesen recibido un gran provecho visitando la exposición de un artista, cuya pintura hubiese sido para ellos, naturalmente, letra muerta, pero que les habría enseñado con su ejemplo que la probidad, la conciencia, el deber estricto cuando se ejerce una profesión, es el de comenzar por aprenderla.

Posiblemente que esta lección no haya sido nunca tan útil como ahora. No se dirige solamente a la gente de mundo y a los aficionados. Admiro en Degas sobre todo dos cosas. Muy sinceramente no se preocupaba de la gloria, lo cual es una prueba irrefutable de un amor verdaderamente desinteresado por el arte, pues no basta despreocuparse del dinero. Los artistas que no se preocupan de la gloria, (pero yo no conozco sino uno, y de lo el plural para no herir a los otros), esos grandes indiferentes son de la clase de los ascetas aficionados que practican la virtud de balde, por gusto, sin esperanza de recompensas futuras ni temor de castigo. La otra razón de mi admiración por Degas es que él no trabajaba, como lo decía él mismo bromeando, "en el género genio".

Solía medir comúnmente muy bien el alcance de sus dichos terribles. Se desearía creer que él ha sentido antes de morir, para satisfacción de su justa ferocidad, cómo ese llegaría a ser aún más terrible después de unos años. Desgraciadamente es terrible sin ser decisivo; no hay ridículo que toque a los adeptos de las cuatro o siete artes, que trabajan en "el género genio", que, mejor dicho, su genio los dispensa de trabajar y de no saber nada.

Ultimamente uno de éstos, entre otros reproches me hacía éste interesante: mi culto por Anatole France que es — decía él — "tan fastidioso". Creo deber señalar esta nueva maniobra de los demodadores, es ingeniosa: cuando un gran hombre los fastidia, creen tener más razón que él, esparciendo el rumor de que es fastidioso.

No es que yo los acuse de decir lo contrario de lo que sienten. No dudo de su sinceridad y sé muy bien que no puede discutirse sobre lo divertido y lo aburrido, tanto como ni de gustos y colores. Es claro que no se puede amar al mismo tiempo la espiritualidad francesa y la de Montmartre y que es fácil que uno se aburra en un cabaret cuando se divierte en compañía de La Bruyere o de Rochefoucauld, y yo concibo que Stendhal haga bostezar a los autores o lectores apasionados de novelas que, antes de la décima página, se me han caído de las manos.



Mayo enlutado

Hálito de primavera, murmullo quieto de aguas limpiadas entre el verde, colores de púrpura y de oro ascendiendo en palidez de sueños hacia el dulce calor de los cielos, mórbido ondular de invisibles alas dentro de ignotas frescuras.

Y sobre el silencio profundo de las cosas muertas en amor recogidas, un gran llanto del amargo tormento de las cosas vivas en el corazón clavadas.

Porque — como cruz en el infinito suspendida — un rostro exangüe pende sobre la tierra aromada de musgo y de setos vivos y su boca tiene la amarga delusión del que sabe la agonía de las lamentaciones y la mirada tiene el iluminado pensamiento de la vívida luz que envuelve a quien descende a las tinieblas.

Primero de Mayo de 1924...

Angustia que apreta la garganta... recuerdos que no pueden removerse sin sollozos... visiones de blancas manos saludando de lejos y largo e interrumpido silencio que afila al odio y aguzo puñales.

Hoy, oh mis hermanos, Elba no sonríe, envuelta en su velo azul. Ni se visten de záfiro las tranquilas y dulces colinas toscanas.

Ni las florestas, ni las peñas, ni los valles, ni los ríos del Abruzzo, cantan como orquestas al viento. Ni la ardiente Romaña se vuelca sobre las vastas llanuras.

Tampoco la Liguria, enguinalada el magnífico golfo de trapos bermejos. Ni Nápoles en sueño ciñe su cabellera de rosas.

Ni la Puglia eleva entre el jolgorio de los cantos sus cien banderas. Ni la Sicilia motiva a sus héroes los versos del vate inmortal.

No detiene, hoy, las ruedas, los volantes, las hélices potentes el encanto que flota en el aire. Ni mareas se estremecen las sirenas para adornar el sol.

... Solo silencio... el gran silencio que sucede a una tormenta que lo ha arrasado todo.

Y los sollozos... los sofocados sollozos de los prisioneros que no tienen ya paz.

Y el trémulo oscilar de las llamas encendidas por invisibles manos sobre la fosa de los hombres degollados.

Y la dolorosa mirada de las madres dementes enclavadas sobre la agonía de sus niños divinos.

Si las lágrimas fijas y silenciosas de los desterrados sin paz que por una hora detienen su marcha para saludar a su Primero de Mayo.

Y sin embargo, en otros tiempos, los hombres se abrazaron en este día con las y las flores.

Y fueron más leves sus labios en el beso fraterno que los pétalos de las rosas en el abrazo de las noches serenas.

Y cada mujer roció con aromas el umbral de su pequeña morada, para que fuese purísima al primer sol de Mayo.

Y toda esposa desató su cabellera a los rayos de la magnífica aurora para que todo el año su hombre volviera a sentir al besarla la tibieza de aquel sagrado perfume.

Y toda madre levantó desnudo a su niño en el vano de la ventana, abierta de par en par, para que cada átomo de la blanca carne de lirio respirara aquel azul sin mancha, para que penetrara aquel azul en el pequeño corazón, sin traba de velos, al llevarle los brotes de sus promesas de paz.

Y toda niña pasó, en el ansia de la noche de espera, por tres veces sobre los párpados entornados un ramo de blanco espiño para que su mirada tuviese a la mañana el esplendor del cielo, para que tuviera su boca el color de la primavera y fuera un límpido arpegio de notas su canto de saludo al Primero de Mayo.

... Lento volver en el alma de desfloradas memorias... brusco despertar de afectos que no han dormido en paz... triste bandera oscurecida entre las ruinas de los vencidos.

Y sin embargo en otros tiempos el hombre de trabajo dijo a su compañero de fatigas: Hermano. Y se arrojó para besarle las manos, para que en el espíritu y en la carne de entrambos descendiera

un consuelo de luz. Y descubrió al amigo la herida oculta en su espíritu en cruz para que, comprendiéndose mejor y amándose mutuamente, le diera un trozo de su lacerada venda.

Y aquel que tuvo el ser devastado por las tempestades de la vida, pasó y repasó la lanzadera afanosa en el telar de su dolor para extender su alma en forma de vela al gran sol alegre.

Y las banderas flotantes en aquella aurora maravillosa fueron infinitas porque infinito es el número de los hombres crucificados.

Y el que fué pálido peregrino mudo y doliente, y el que fué el rostro que recibió todos los insultos, y el espíritu que supo de la aspereza de los látigos repasó el hilo de la angustia en las gotas de su pobre sangre para abrir como una flor su alma al primer sol de Mayo.

Y los clavos que cubrieron la tierra y adornaron las casas y cifieron a las niñas, al surgir de aquella aurora sin niebla, fueron infinitos porque infinito es el número de los hombres burlados y pisoteados.

Pero el odio palideció ante el triunfo luminoso del amor.

Y al que había llamado a los hombres hermanos... se le dijo: Has dicho una herejía.

Y al que había levantado la frente y al que se había hecho una conciencia se le dijo: Has traicionado a tus hermanos.

Y a quien había comprendido el engaño huido por los nuevos filisteos se le amenazó: Tienes el deber de morir.

Y al que había derribado la piedra que marca los confines del país se le gritó: Tú eres un enemigo de la patria.

Y fué engeñecido para que no viese más la luz de la verdad el que en el turbión había permanecido con las pupilas hacia el azul.

Y fué acribillado por la espalda para que quedara un puñado de ceniza a lo lar-

go del camino, el que en la locura de la tormenta se había obstinado en la ascensión hacia la luz.

Y fué herido en la garganta para que no cantara más el sueño de su gente — ruiseñor maravilloso — el adulescente sublime.

Y fué apagado en el umbral de su propia casa el hombre de cabellos ya grises para que en la evocación espantosa del sombrío drama nocturno quedasen los hijos atados a la cadena de su destino de esclavos.

Y hoy te saluda, oh 1º de Mayo, una sola bandera enarbolada sobre las ruinas. Tiene en sus pliegues la efigie de los muertos. Y tiene en la trama las huellas del llanto.

Y hoy te saluda, oh, 1º de Mayo, un inmenso dolor. Una angustia que sella la boca y que cambia la mirada. Un dolor que no se manifiesta en consuelo de llanto. Pero que en nuestras venas fluye con nuestra sangre.

¡Y será un dolor profundo! Y será mágica mano de artista poderoso que arrancará a la frialdad del mármol su mejor creación.

Y será la invisible mano del más obscuro de los Lázaros sepultados que hará resonar la campana que despertará a los vivos.

Y será el velo negro de la más obscura y humilde mujer de los siete dolores que será levantado como invencible pendón de llamada.

... ¡Invisibles labios no han encendido ya trémulas lámparas sobre la fosa de los muertos?

¿Y lentamente ya no sube de la palpación de este silencio de ruina, una tierna voz que canta...?

... De un más constante y luminoso Mayo

La promesa os traigo. ¡Oh apenados corazones, oh despreciados, oh vencidos, oh no amados, oh vacilante humanidad, valor!...?

Virgilio d'Andrea

París, abril de 1924.

La idea anarquista: su pasado, su porvenir

(Continuación)

Bellegarrigue era imperturbablemente no-revolucionario y formuló lo que llama "la teoría de la calma"; "es preciso hacer el silencio alrededor del gobierno"; "la teoría de la calma es la única que puede conducir directamente la vieja sociedad a la tumba"... Esto no quiere decir que su periódico violase la solidaridad revolucionaria; pero hizo todo lo posible por inspirar un sentimiento y una acción que hiciera el vacío alrededor del Estado, que le cortaría los víveres y esperaba así "aflojar los resortes del poder".

Después de su salida, la *Civilisation* en 1850 y 1851 se convirtió en un órgano, siempre bastante atendido, de la democracia social entre tantos otros, a excepción de fines de 1850 hasta junio de 1851 y algunos días antes del golpe de Estado, cuando fue sometido, período en que Paul M. Cruhalhdes da a su periódico una dirección un poco antiautoritaria.

Bellegarrigue, a fines de 1849 ha debido irse a París y encontrarse con un grupo de compatriotas y amigos del Liceo probablemente en el cual el llamado Ulysse Pic, que firmaba también P(ic) Dugers (del Gers) era el más conocido, periodista que algún tiempo después se pierde en el bonapartismo al que había hecho ya avances en diciembre de 1848, lo que no le impidió presentarse como anarquista en el *Anti-Conseller* y otras diversas publicaciones periódicas de 1849-50 y cooperar con Bellegarrigue en los primeros meses de 1850 No puedo aclarar aquí esas relaciones, basadas en la antigua camaradería quizás, no puedo decir más que en los múltiples escritos de Bellegarrigue que conozco, no existe la menor cosa contra su honorabilidad política a pesar de sus relaciones con esa futura criatura de la reacción, que ya entonces no ha debido valer mucho.

El grupo se llamó *Association des Libres Penseurs*. Su declaración de principios dice: "...No hay libertad para el hombre más que en el gobierno de sí mismo por sí mismo, self-governement, como dicen los americanos... Una barricada es siempre levantada contra un gobierno que no quiere irse por un gobierno que quiere llegar... Suprimid el gobierno y no hay puesto para la barricada... Todas las revoluciones se hacen en nombre de la libertad; pero, hasta hoy, la libertad, vuelta a sí misma, no hizo otra cosa que ir a tender sus manos en lazos nuevos que le ha sido preciso romper luego... Conservemos, pues, nuestras manos libres y no deleguemos más que en nosotros mismos la misión de realizar nuestros asuntos... La libertad no es la ciencia. La libertad es el instinto. Es preciso devolver a los hombres sus instintos, violados por el despotismo. La sociabilidad en la libertad es la ley de la naturaleza humana. Los gobernantes quieren fundar la sociabilidad por la esclavitud Es preciso expulsar a los gobernantes y recordar a la libertad."

La serie de folletos de este grupo debía comprender (1) *El Dios de los ricos y el Dios de los pobres*, por P. Dugers, (aparecido, 22 págs); (2) *Juan Curnero y el recaudador*, por A. Bellegarrigue y P. Dugers (aparecido, 22 págs); las publicaciones siguientes: *Manifiesto de la Asociación* por Pic (del Gers), *Abajo el gobierno*, por el mismo, *Los derechos de los señores*, por J. Noulens, *Les hipocritas*, por Jules Cledat, y *La anarquía es el orden*, por A. Bellegarrigue, no fueron probablemente publicados en esa serie. Porque el grupo que habitaba en Mezy, cerca de Meulan (Seine-et-Oise), bastante lejos de París, fué perseguido (arresto de Jules Cledat el 7 de abril); véase la carta de Hippolyte Magen, un republicano socialista, también un compatriota de Agen,

2 de abril, en la *Voix du Peuple*, 3 de abril y la declaración del grupo, en el mismo diario el 11 de mayo de 1850. Esa cooperación del grupo debió cesar entonces. Jules Clédat se encuentra implicado en el "complot del sur-oeste", proceso de septiembre de 1851; en Londres publicó *Le Crant des Proletaires*, enero de 1853 y *Le Crant des Opprimés* (1853), poesías de las más tradicionalmente "violentas" y que no tienen ningún soplo del anarquismo de Bellegarrigue).

Este último no tuvo en cuenta esta pequeña persecución e hizo aparecer su folleto en periódico: *L'Anarchie, Journal de L'Ordre*. Publicación mensual (París, rue Richelieu, 102). Dos números gr. en 8°, abril y mayo de 1850, 56 páginas. El primer número fué reimpreso en el Suplemento de *La Révolte*, volumen III; traducido al español por José Prat, en *El Corsario*, La Coruña, 1893 y en folleto, idem, 1896. *L'Audace*, periódico anarquista de París, 14 de marzo de 1855 dió el primer extracto más reciente de Bellegarrigue; Bernard Lazare, que encontró varios ejemplares de *L'Anarchie* hizo posible la reimpresión en *La Révolte*. En 1850 el periódico no pudo ser continuado por falta de garantía.

Esas ideas fueron representadas una vez más en el *Almanach de la Vile Multitude* (expresión de Thiers para designar al pueblo) por uno de sus miembros... (París, 127, 16°); fué el almanaque para el año 1851. Los artículos no están firmados, pero el pequeño volumen está lleno del espíritu de Bellegarrigue. El *Prólogo*, una discusión popular, lleva su sello. En respuesta a los autoritarios, el "anarquista" esboza sus ideas: "... He ahí siempre el error del viejo democratismo, de los viejos datos jacobinistas. ¿Dónde está vuestra esfera de acción? ¿dónde están vuestros intereses inmediatos? En vuestra comuna; es incontestable. ¡Y bien! organizad de una manera verdaderamente democrática el hogar en cuyo seno podéis disfrutar de una libertad entera, ese centro en el cual sois el igual de todos... La independencia de la comuna es la libertad del individuo. Que sea la comuna independiente y se será libre. El día en que este gran hecho sea admitido, os digo que la idea gubernamental ha naufragado. Es preciso pues que el hombre substraiga su hogar comunal a la brutal autocracia de un extranjero, prefecto o gobernador, como proteja su hogar privado contra el ladrón, el asesino o el incendiario... Si todas las comunas comprenden su interés... todas saquearán el yugo político que las oprime". Todo se reduce pues en algunas palabras: "No hay tiranos, no hay más que esclavos".

El segundo almanaque (para 1852), 152 págs. 16°, no contiene más que algunas páginas de extractos del folleto de Toulouse. Sobre la cubierta se encuentra el anuncio: "próxima aparición: *Almanach de L'Anarchie*, por Bellegarrigue (París, Gérard, editor). Con toda probabilidad el golpe de Estado del 2 de diciembre impidió esta publicación. Ese solo detalle nos indica que en 1851, a fines del año, Bellegarrigue estaba aún en París. Ha debido estar muy pobre, y alguien que lo recuerda algún tiempo después en una revista, cuenta que redactaba el *Journal de l'Épicerie* para vivir. — lo que muestra su independencia que hizo que no entrase en el periodismo político vulgar.

¿Qué fué de él después? Ulysse Pic escribe en 1855 que "fue después maestro de escuela en Honduras. Aquí tuvo una serie de aventuras curiosas y se asegura que es hoy uno de los ministros de la república de San Salvador. Era uno de los espíritus más originales imaginables". En el segundo almanaque se había dicho: "amante fogoso de la libertad, el autor llegaba de América, donde había ido a buscar, en el fondo de lo que queda de los bosques vírgenes, la vida libre y sin obstáculos. Habituado para tener sus condados verdaderamente francos; un año entero con una tribu salvaje"... Estas son probablemente exageraciones; sus escritos sobre América no contienen nada de ese naturismo y lo muestran un observador bastante frío de los civilizados. Sea como sea, la América central ha podido atraer esta vez su atención y es perfectamente exacto que después cayó en San Salvador. En 1906, un camarada me ha comunicado que Anselmo Bellegarrigue, su hijo, habitaba en ese país, que había vuelto, o casi, al estado natural, que vivía, como los indígenas, de la pes-

ca, que hablaba extremadamente poco, y no iba sino raramente a la ciudad. He tratado de comunicarme con él, pero no he tenido nunca respuesta; mi encuesta lo ha enfurecido tal vez y hecho aún más silencioso. He insertado también cuestiones sobre Bellegarrigue en los *Temps Nouveaux* del 17 de febrero de 1906, recogiendo esa indicación sobre su hijo y nada más.

Este hombre ha hecho, pues, cuanto podía para difundir su antiestatismo infinitamente lógico, sino un poco frío. Una propaganda que sofocó el autoritarismo triunfante, el golpe de Estado. Su americanismo encuentra una cierta repercusión en el sueño satírico *Paris en Amérique*, por Edouard Laboulaye (1862). La idea de la simplificación del gobierno fué discutida de tanto en tanto; así por ejemplo existe *La Legomanie* de Timon (de Cormenin), 1844, 96 págs. 16°. — *La abolition de l'autorité par la simplification du gouvernement*, por Emile de Girardin, 1851, 63 págs., que jugaba mucho con esta idea entonces en sus periódicos. — *La Representación* por Paul Brandat (contraalmirante Réveillére), 1874, 46 págs. Existe una literatura del individualismo, de la descentralización, del federalismo, del regionalismo, de la pequeña propiedad y del cultivo, síntesis individualistas como los sistemas de Follin y otros. La ausencia de un fondo de simpatías sociales les es común, a excepción de algunos federalistas. Es un mecanismo que trabaja en el vacío. Tampoco Bellegarrigue, el más lógico de todos y, según mi opinión, un hombre muy sincero, escapa a esa impresión.

Pero contra el autoritarismo poderoso y siempre feroz y perjudicial, todo esfuerzo, toda crítica, aunque sean incompletos, son bienvenidos.

IX

Joseph Dejacque fué el primer anarquista revolucionario y comunista anarquista consciente entre los obreros: Ernest Coeurderoy fué el primero que concibió las mismas ideas entre la juventud burguesa intelectual que entonces hacía a menudo sacrificios por la lucha revolucionaria. Por lo poco que he podido reunir en los artículos precedentes, se ha podido ver que éstos no fueron, de ningún modo, los primeros anarquistas y que influencias cuya memoria se ha perdido han podido obrar sobre ellos en esos años de 1843 a 51 en que, si la libertad general se perdió desde el primer instante, la libertad individual de expresar sus ideas recibió ciertamente un inmenso impulso, y en que las ideas sociales fueron constantemente removidas en París, en numerosos centros de provincias y en los grandes hogares del destierro, Ginebra, Bruselas, Londres, más tarde.

El acontecimiento que abrió un abismo entre los métodos pacíficos que preconizaban justamente hasta entonces los más avanzados, — porque sabían que cuanto más avanzada es una idea menos bruscamente puede ser impuesta y más necesidad tiene de ser bien explicada, bien comprendida y aceptada voluntariamente, — y los métodos revolucionarios inseparables hasta entonces de la dictadura tradicional, del comité de salvación pública cuya memoria no se había perdido, — ese acontecimiento fueron las jornadas de junio de 1848. La historia de esas masacres muestra que fué una lucha decisiva contra el pueblo, que se habría podido evitar, que se habría podido solucionar en todo momento, pero que no se quiso, pues se quería acabar con él. Fué la revancha debida a la burguesía por sus temores desde febrero y debida al ejército por su pérdida de prestigio en febrero; entonces Cavaignac desplegó el ejército de África y limpió las barricadas del pueblo de París. Estas masacres restablecieron la seguridad de la burguesía y del ejército; en lo sucesivo el camino al bonapartismo estaba abierto y éste, a causa de eso mismo había hecho lo suyo, por provocaciones y maniobras, para provocar esa colisión que puso un mar de sangre entre el pueblo y la república de febrero. Desde ese tiempo hasta diciembre de 1851 la mayor parte de los socialistas y de los republicanos de la Montaña, los de la república democrática y social, hicieron un trabajo inmenso de propaganda nada más que para salvar la república en el vencimiento de 1852, pero chocaron con una propaganda antisocialista intensa y odiosa, semejante a la del fascismo contemporáneo, con una feroci-

dad creciente de represión administrativa y judicial con la desconfianza del pueblo que dejaba hacer y que sufrió también el golpe de Estado de diciembre, aparte de numerosas resistencias individuales y probablemente de luchas determinadas en las provincias que se quería dominar entonces. Pero el sable y el látigo del fascista imperialista triunfan y desde entonces, por una decena de años, París enmudece. Algunos disparos contra el Emperador, algunos complotes reales u obra de provocadores; algunos gritos o canciones en el Barrio Latino, elecciones opositoras, los famosos cinco, entre ellos Darrimon, las publicaciones de un socialismo borroso, anodino y religioso — excepción hecha del libro de Proudhon, *De la Justicia*,... que le hizo partir para el destierro, — esto y el resplandor de la bomba de Orsini llena esos diez años, al fin de los cuales, sin embargo, fué planteada la cuestión de las nacionalidades y comenzó con la de 1859 la era de las guerras europeas que dura aún. El hecho mismo que se tenía necesidad de una vida pública para caldear el nacionalismo que dormitaba desde 1815, aparte del alerta de 1840, puso un fin al silencio impuesto en 1851 y la juventud y los obreros volvieron a levantar la voz. Sea dicho en su honor, no caen en la trama del imperio, que contaba hacerse perdonar su usurpación por una política nacionalista, sino que se entregan con ánimo a las agitaciones republicanas, socialistas, anticlericales que culminan en la decadencia del Imperio, en la Internacional y en la Comuna.

Los años que siguen a 1841 no hicieron prever esa evolución. Se estaba dedicado aún a las recriminaciones mutuas sobre las derrotas populares de 1848 y 1851 y casi todos no sabían más que defender con tenacidad su acción pasada y prepararse a cometer los mismos errores si hubieran tenido una nueva probabilidad de obrar y de llegar al poder, su fin supremo. Sin duda el prestigio de esos ejefes se esfumaba poco a poco, sus adeptos se volvían indiferentes y en efecto, nadie de ellos — salvo la fracción funesta de los masacradores de junio que masacraron también la Comuna, los Jules Favre y otros — no hizo gran cosa veinte años después, cuando el Imperio cayó. Pero una crítica franca era bien rara, y no fué hecha verdaderamente más que por algunos anarquistas, sobre todo por Coeurderoy y Dejacque, porque fueron los únicos que no soñaban con el poder, con la dictadura para ellos mismos. Es preciso añadir a Proudhon, que buscaba siempre una salida, una solución en el terreno de las instituciones, no de los hombres.

A fines de 1850, las listas dan aún 258 asociaciones obreras productivas y distributivas en París y sus alrededores, 183 a fines de 1851. Todo eso desaparece o se borra, la propaganda imperialista se insinúa en los medios corporativos; se la tólera tascando el freno. Desde 1862 — visitas obreras a la exposición de Londres y primeras conversaciones que culminaron en la fundación de la Internacional (29 de septiembre de 1864), — los obreros envían a los imperialistas a paseo y obran por su cuenta.

Este período de inacción, 1852 a 1861, nos ha dado a Dejacque y a Coeurderoy y a un pequeño número que pensaban como ellos, pero que no escribían, a Pisacane en Italia, a los individualistas en los Estados Unidos y en Londres, a Proudhon, y aquí y allá gentes aisladas; eso fué todo. Fué el período de los aislados y de los olvidados, pero nuestras ideas dieron un paso hacia adelante; la libertad, muy a menudo predicada sola, se alió definitivamente a la solidaridad; las ideas anarquistas reciben desde entonces una base social solidaria.

Carecemos de detalles precisos sobre el origen de Dejacque. Ha debido nacer hacia 1821, ha sido probablemente marinero en un barco del Estado, lo cual explicaría también que no se encuentre nunca su nombre entre los numerosos obreros que se hallan en la *Fraternité, el Atelier*, los procesos, etc.; — ha debido estar en París en febrero de 1848 y en relación con el grupo del *Atelier*, órgano asociacionista moderado; porque firma con otros obreros un cartel el 25 de febrero, a las seis de la tarde, que se erige contra ciertos obreros que se dedicaban a "romper las prensas mecánicas"; con los impresores, sastres, etc., firma "Dejacque, cartelero". Fué en efecto, encolador de papel y pintor en construcción. Es mencionado entre los asistentes al *Club des Femmes*, fundado en abril, en el órgano del club, *La Voix des Femmes*, del 15 de junio, se encuentra una poesía suya, e hizo aparecer aún otras dos: *Aux cidevant Dinastiques, Aux Tartuffes du Peuple et de la Liberté*, marzo 1848 y *La Proclamation de la République*. La insurrección de junio lo arrojó a la prisión La Force y a los fuertes de Cherbourg; el 28 de mayo de 1849 volvió a París. Fué detenido otra vez la víspera del 13 de junio (el 12). Pudo hacer circular aquí y allá poesías, que fué su debilidad; las reunió en folleto: *Les Lazaréennes. Fables et Poésies sociales* (París, edición del autor, 1851, 46 págs.), publicación confiscada que le valió un proceso, el 22 de octubre, y una condena a dos años de prisión y 2000 francos de multa, sentencia confirmada en mayo de 1852. Pero entonces hacía largo tiempo que estaba en Londres donde todas las proscripciones, desde la del 15 de mayo de 1848 a la del 2 de diciembre, se encontraron en lo sucesivo.

Como para Coeurderoy, el tono de los grandes hombres de la proscripción y sus acólitos celosos fué insoportable para Dejacque y fué de aquellos que turbaron algunas veces la fiesta. Estamos informados, por las memorias de G. LeFrançois, y por lo demás, por Dejacque mismo. En ocasión de los funerales del proscrito Conjon (de Beaune) el 24 de junio de 1852 se reunieron los proscripios de todos los matices en el cementerio. "Ledru-Rollin, el firmante de la orden relativa a los cañones de Vincennes, — cuenta Dejacque en 1857, — debía hacerse oír. Los fieles heraldos habían anunciado a viva voz el discurso del maestro. Sin embargo guardó silencio; y el abogado-tribuno, el gran orador, el César del provisorio retrocedió ante la palabra de un proletario".... (fué Dejacque que hizo oír lo que publicó después en una hoja litografiada: *Vers recités le 24 Juin, sur la tombe d'un Proscrit*).

Extraigo estas líneas: "Aujourd'hui comme alors (en juin 1848), assassins et victimes. — Se trouvent en présence... enseignements sublimes! — Ceux que nous proscrivions à leur tour sont proscrits. — La gloire à deux tranchants de la force brutale. — Dont ils frappaient le droit soulevé dans Paris. — Ce glaive s'est contre eux, dans une main rivale. — A la fin retourné. — C'est que toujours le crime est un appel au crime. — La coup d'Etat de Juin, ce vampire anonyme. — En vous, Tribuns, en vous Bourgeois, s'est incarné. — El Décembre n'en est que l'enfant légitime!... Ex-Bravi de l'autorité. — Frappez vous la poitrine, et davan, cette bière. — Confessez vos péchés, que l'exil vous éclaire. — In n'est qu'un talisman pour tous: la Liberté!..."

Max Nettlau
(Continuaré)

